The background of the cover is a complex abstract artwork. At the top center, a face is formed by a yellow eight-pointed star with a red face and dark eyes. Below this, a black rectangular box contains the title and subtitle in white text. The bottom half of the cover features stylized figures and floral patterns in shades of red, purple, and brown. On the left, a figure with a striped headpiece is visible. On the right, there are several stylized trees or plants with dense, rounded tops. The overall style is reminiscent of mid-20th-century Latin American art.

Leslie Bethell, ed.

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

13. México y el Caribe desde 1930

La primera parte de este decimotercer volumen de la *Historia de América Latina* la forman dos capítulos sobre México: en el primero, A. Knight examina el rumbo de la revolución durante los años treinta y el impacto de la segunda guerra mundial, y en el segundo, P.H. Smith destaca el crecimiento económico, el cambio social y la estabilidad política a partir de 1946. La segunda parte contiene dos capítulos sobre Cuba, de L.A. Pérez y J. Domínguez, el primero sobre el periodo que va de la dictadura de Machado a la de Batista, y el segundo sobre la revolución y su desarrollo, especialmente los años de la consolidación del poder revolucionario, además de capítulos generales sobre la República Dominicana (F. Moya Pons), Haití (David Nicholls) y Puerto Rico (R.W. Anderson).

ÍNDICE

Prefacio, por LESLIE BETHELL

PRIMERA PARTE

MÉXICO

Capítulo 1. *México, c. 1930-1946*, por ALAN KNIGHT

Capítulo 2. *México, 1946-c. 1990*, por PETER H. SMITH

SEGUNDA PARTE

EL CARIBE

Capítulo 3. *Cuba, c. 1930-1959*, LOUIS A. PÉREZ, JR.

Capítulo 4. *Cuba, 1959-c. 1990*, por JORGE DOMÍNGUEZ

Capítulo 5. *La República Dominicana, 1930-c. 1990*, por
FRANK MOYA PONS

Capítulo 6. *Haití, 1930-c. 1990*, por DAVID NICHOLLS

Capítulo 7. *Puerto Rico, 1940-c. 1990*, por ROBERT W.
ANDERSON

Abreviaturas

Ensayos bibliográficos

Índice alfabético

Índice de mapas

Índice de cuadros

PREFACIO

Los primeros cuatro volúmenes de la Historia de América Latina de Cambridge se ocupan principalmente de los aspectos económicos, sociales, políticos, intelectuales y culturales de los tres siglos de gobierno colonial español y (en el caso de Brasil) portugués, comprendidos entre el «descubrimiento», la invasión, la conquista y la colonización del «Nuevo Mundo» por los europeos, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, y la víspera de la independencia latinoamericana en las postrimerías del XVIII y principios del XIX.

Los volúmenes quinto y sexto examinan el fracaso y el derrocamiento del régimen colonial que tuvieron lugar en toda América Latina (a excepción de Cuba y Puerto Rico) durante el primer cuarto del siglo XIX, y la historia económica, social y política durante el medio siglo posterior a la independencia (entre aproximadamente 1820 y 1870). En los cuatro volúmenes siguientes se analiza la situación de América Latina hasta 1930.

Durante el primer medio siglo que siguió a la independencia, América Latina experimentó, en el mejor de los casos, únicamente unas tasas muy modestas de crecimiento económico y, al menos en Hispanoamérica, violentos conflictos políticos e ideológicos, así como una considerable inestabilidad política. Aparte de la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848) y de frecuentes intervenciones extranjeras, especialmente británicas, también hubo, al finalizar el período, dos conflictos importantes entre estados latinoamericanos: la guerra de la Triple Alianza (1865-1870) y la guerra del Pacífico (1879-1883). Contrastando con ello, el medio siglo siguiente, y sobre todo el período que concluyó con la primera guerra mundial, fue

para la mayoría de los países latinoamericanos una «edad de oro» caracterizada por el crecimiento económico inducido de forma predominante por las exportaciones, de prosperidad material (al menos para las clases dominantes y las clases medias de las ciudades), de consenso ideológico y, con algunas excepciones notables como México durante la revolución (1910-1920), de estabilidad política. Asimismo, aunque continuaron las intervenciones extranjeras –principalmente las norteamericanas en México, América Central y el Caribe–, no hubo importantes conflictos internacionales en América Latina entre el fin de la guerra del Pacífico (1883) y el estallido de la guerra del Chaco (1932).

El séptimo volumen lo forman nueve capítulos de carácter general sobre la historia económica y social del conjunto de América Latina. Dos capítulos examinan el crecimiento de las economías latinoamericanas, el primero en el período 1870-1914, el segundo en los años que van de la primera guerra mundial a la víspera de la depresión mundial del decenio de 1930. Este crecimiento fue en gran parte fruto de la gran aceleración de la incorporación de las economías latinoamericanas, como productoras básicas, en la economía internacional en expansión, así como de significativas entradas de capital extranjero, particularmente británico, y, en el siglo XX, norteamericano. Al mismo tiempo, no se pasan por alto los mercados nacionales y la acumulación de capital igualmente nacional. Las relaciones de América Latina con las principales potencias europeas y, sobre todo en América Central y el Caribe, con los Estados Unidos, cada vez más expansionistas, se tratan por separado. Otro capítulo analiza el crecimiento de la población latinoamericana (de 30 millones en 1850 a 105 millones en 1930), que en parte fue producido por la inmigración en masa de europeos, singularmente en Argentina y Brasil. El profundo efecto de la penetración capitalista en el mundo rural es la materia de que se ocupan dos capítu-

los, uno de los cuales se concentra en las tradicionales tierras altas de México, América Central y los Andes, y el otro en el Caribe español. El primero de ellos, a la vez que afirma que las economías y sociedades rurales experimentaron mayores cambios en el período de 1870-1930 que en cualquier otra época anterior exceptuando la conquista, también se propone demostrar que en muchas zonas rurales, especialmente en los Andes, las fuerzas de cambio encontraron resistencia y continuaron existiendo estructuras precapitalistas. La sociedad urbana también experimentó cambios rápidos en este período, y hay capítulos que examinan por separado el crecimiento de las ciudades latinoamericanas, en especial ciudades importantes como Buenos Aires, Río de Janeiro y Ciudad de México, todas las cuales ya tenían entre uno y dos millones de habitantes en 1930 y rivalizaban con las principales urbes de Europa y los Estados Unidos; los comienzos de la industria, sobre todo en Brasil, Argentina, Chile, Colombia y México; y la aparición de una clase trabajadora urbana como fuerza significativa en muchas repúblicas, así como la historia de los primeros movimientos obreros de América Latina.

El octavo volumen examina la cultura y la sociedad en América Latina durante el siglo que siguió a la independencia y especialmente en el período de 1870-1930. Empieza con un capítulo que trata la evolución de las ideas políticas y sociales (y en especial la adaptación del liberalismo a unas sociedades muy estratificadas que tenían economías subdesarrolladas y una tradición política de autoritarismo, así como la influencia del positivismo en las élites gobernantes e intelectuales). Un segundo capítulo examina de qué modo la Iglesia católica latinoamericana se adaptó a la disminución de su poder y sus privilegios en una era secular, al mismo tiempo que conservaba la adhesión de la inmensa mayoría de los latinoamericanos. Finalmente, dos capítulos hablan de movimientos importantes y

de notables logros individuales en la literatura, la música y el arte de América Latina en este período.

Los volúmenes noveno y décimo se componen de capítulos sobre la historia económica, social y, sobre todo, política de los distintos países latinoamericanos desde c. 1870 hasta 1930. El volumen noveno se ocupa de la historia de México, América Central y el Caribe. En la primera parte, dedicada a México, hay capítulos sobre el Porfiriato (los treinta y cinco años de dictadura de Porfirio Díaz, 1876-1910), la revolución y la reconstrucción bajo la «dinastía sonorensis» durante el decenio de 1920. La segunda parte dedica un capítulo único a las cinco repúblicas de América Central y capítulos a Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y Haití. El décimo volumen está dedicado a América del Sur. La primera parte consiste en cuatro capítulos sobre la evolución económica, social y política de Argentina, que en muchos aspectos era ya la nación más avanzada de América Latina en 1930, y capítulos individuales sobre Uruguay y Paraguay. La segunda parte contiene capítulos referentes a Chile, Bolivia y Perú en el medio siglo que empezó al concluir la guerra del Pacífico y capítulos que hablan de Colombia, Ecuador y Venezuela. Finalmente, en la tercera parte, dedicada a Brasil, hay capítulos que estudian su economía dominada por el café en este período, el sistema político y la política reformista durante los últimos tiempos del imperio (1870-1889) y la estructura social y política de la primera república (1889-1930).

Los volúmenes undécimo y duodécimo versan sobre economía, política y sociedad desde 1930. El volumen undécimo, Economía y sociedad desde 1930, comprende seis capítulos. Los tres primeros examinan las economías latinoamericanas durante la década de 1930, tras la depresión de 1929, durante e inmediatamente después de la segunda guerra mundial, y durante la nueva «edad de oro» de crecimiento económico (1950-1980), impulsada esta vez principalmente por la ISI (industrialización de sustitución).

ción de importaciones) y a la que, no obstante, siguió la llamada «década perdida» de 1980. El cuarto aborda el cambio demográfico durante el período 1930-1990, en que la población de América Latina se cuadruplicó (de 110 a 450 millones). El quinto capítulo analiza la rápida urbanización de América Latina (menos del 20 por 100 de su población estaba clasificada como urbana en 1930; en 1990, casi el 70 por 100) y el cambio social urbano, principalmente en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Perú. La transformación de las estructuras agrarias es el tema del sexto capítulo.

El volumen duodécimo, Política y sociedad desde 1930, consta de cinco capítulos. El primer capítulo estudia el avance, y también los retrocesos, de la democracia en América Latina, principalmente en Chile, Costa Rica, Colombia, Uruguay y Venezuela y, en menor grado, en Argentina, Brasil y Perú. Los éxitos y fracasos de la izquierda latinoamericana, la democrática y la no democrática, son material del segundo capítulo. El tercer capítulo se centra en la clase obrera urbana y el movimiento obrero urbano, subrayando su papel en la política. El cuarto capítulo explica la movilización y la violencia rurales, especialmente en México, América Central y los Andes. El quinto se ocupa de los militares en la política latinoamericana: sus intervenciones y los golpes de Estado, así como los regímenes militares y los problemas de la transición al gobierno civil.

El volumen decimotercero es el tercero de la serie de volúmenes dedicados a América Latina desde 1930. La primera parte contiene dos capítulos sobre México: el primero examina el rumbo de la revolución durante los años treinta, sobre todo durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), el impacto de la segunda guerra mundial en México y el carácter de la subsiguiente coyuntura de posguerra; el segundo analiza el período iniciado en 1946, y destaca en especial el crecimiento económico (hasta la década de 1980), el cambio social y la estabilidad política.

La segunda parte, dedicada a los países del Caribe, contiene dos capítulos sobre Cuba: el primero sobre el período que va de la dictadura de Machado a la de Batista, y el segundo sobre la revolución, y capítulos sobre la República Dominicana, Haití y Puerto Rico.

El decimocuarto volumen se abre con una visión general del desarrollo económico y político de América Central desde los años treinta a los ochenta, a la que siguen capítulos separados sobre la historia de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. La segunda parte se ocupa de Panamá con un capítulo sobre la historia de esta república desde su creación en 1903 y otro sobre la historia de la zona del Canal de Panamá.

Muchos de los colaboradores de estos dos volúmenes: cinco británicos, cinco norteamericanos y tres latinoamericanos comentaron los capítulos de sus colegas. Por ello agradezco especialmente a Víctor Bulmer-Thomas, James Dunkerley, Alan Knight y John Major.

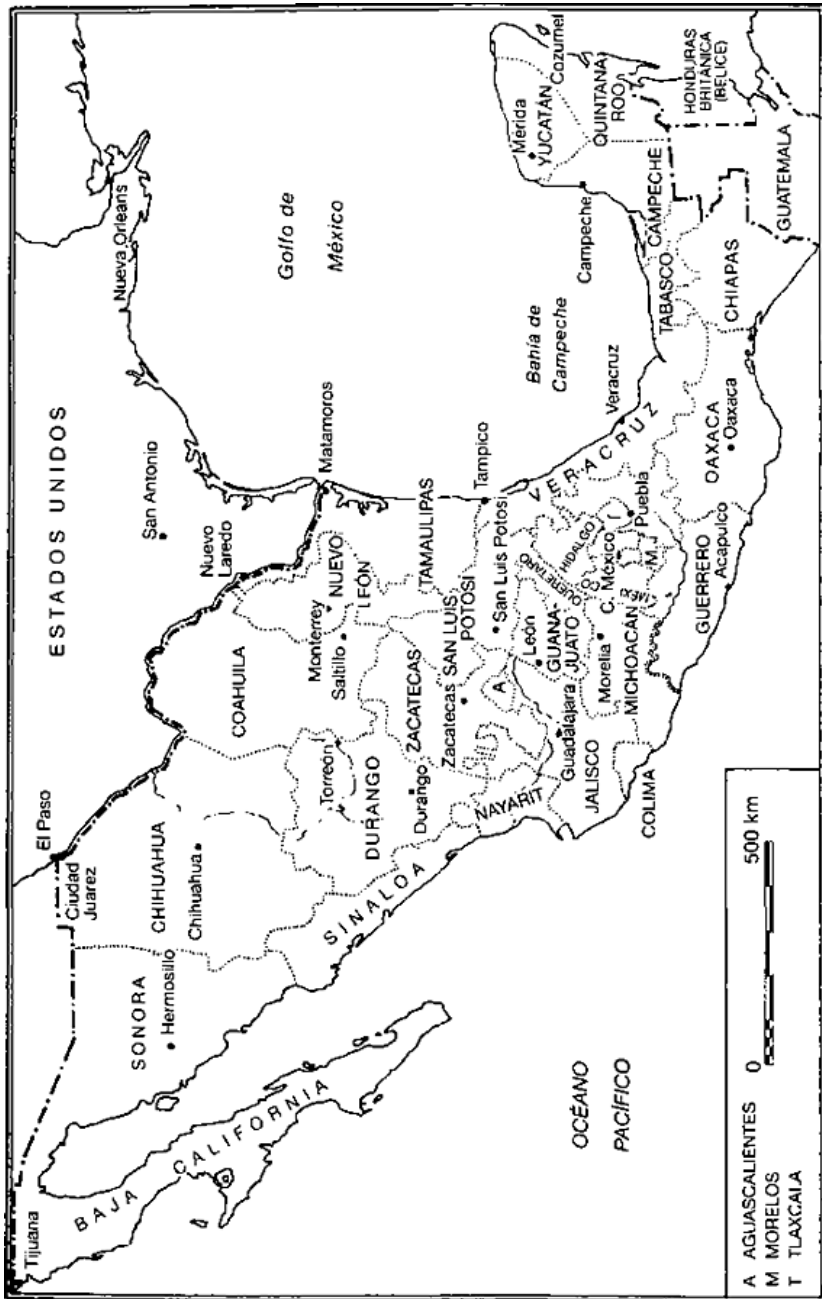
James Dunkerley también aceptó trabajar como editor asociado de estos volúmenes. Su consejo y aliento, así como su experiencia como editor, resultaron invalorable en la preparación final de los volúmenes para su publicación.

Una vez más, debo expresar mi gratitud a Josep Fontana y Gonzalo Pontón por su interés y dedicación en la presente edición castellana.

LESLIE BETHELL

Primera parte

MÉXICO



Capítulo 1

MÉXICO, c. 1930-1946

Tras el estallido de la Revolución en 1910, México vivió un decenio de conflictos violentos al que siguió otro de reconstrucción política y económica. La campaña revolucionaria destruyó el antiguo régimen de Porfirio Díaz, liquidó su ejército e instaló en el poder a una coalición que era heterogénea y, al mismo tiempo, muy influida por las fuerzas del norte y comprometida en líneas generales con un proyecto de construcción del Estado y de desarrollo capitalista. Aunque, en lo que se refiere a estos objetivos generales, los líderes revolucionarios siguieron precedentes porfirianos, los *medios* que emplearon eran muy distintos, como lo era también el entorno sociopolítico en el cual actuaron. Es cierto que la Revolución no había revolucionado la economía mexicana. El antiguo patrón de crecimiento capitalista inducido por las exportaciones –el llamado «desarrollo hacia afuera»– no había sufrido ningún cambio fundamental. Las inclinaciones nacionalistas del régimen en el terreno económico, expresadas en la Constitución de 1917, provocaron disputas con Estados Unidos, pero no se produjo una ruptura total y en 1929 las inversiones directas de los estadounidenses en México fueron superiores a las de 1910. Además, pese al descenso de la producción de petróleo después de 1921, la economía se recuperó y creció, al menos hasta 1927. En cambio, la Revolución cambió fundamentalmente la vida social y política de México, aunque a menudo fue de un modo no planificado e imprevisto. La movilización armada de

1910-1920 cedió ante formas nuevas de movilización institucional: ligas campesinas, sindicatos y gran número de partidos políticos, de izquierdas y de derechas, grandes y pequeños. El resultado no fue una decorosa política liberal, como la que Francisco Madero había propugnado en 1910; pero tampoco fue un sistema autocrático cerrado, personalista, como el que Díaz había mantenido hasta el fin. La nación política se había ensanchado y ahora era quizá la mayor de América Latina; se estaba gestando una forma de política de masas, agitada, a veces radical, a menudo violenta y corrupta.

No es posible generalizar cuando se habla de esta clase de política. Formaban parte de ella los caciques locales y caudillos regionales (muchos de ellos, pero no todos, de origen nuevo y revolucionario); el agrarismo radical, como en el caso de Morelos, y los propietarios conservadores, como en el de Chiapas; el anticlericalismo revolucionario y la acción social católica (por no hablar del clericalismo conservador católico); un pretorianismo agresivo y ambicioso, y una incipiente tecnocracia civil.

Una de las grandes preocupaciones del gobierno central, especialmente durante la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928) fue el control y la cooptación de estas facciones rivales fisíparas. Para ello Calles hizo la guerra contra la Iglesia, en el campo de batalla y en el aula; redujo y profesionalizó el inflado ejército; favoreció al movimiento obrero, en especial a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), oficialista y encabezada por Luis N. Morones; y toleró —a veces estimuló tácticamente— la movilización de los campesinos. Si bien el control estatal de la sociedad civil aumentó así (dada la cuasi anarquía del período 1910-1920, difícilmente podía disminuir), el Estado que construyeron los líderes de Sonora (1920-1934) no era un leviatán autoritario.

La tumultuosa sociedad civil de los años veinte desafió dicho control. Los cristeros combatieron a Calles hasta al-

canzar un sangriento punto muerto; los caciques y caudillos locales se opusieron a la expansión del poder estatal; y el ejército se rebeló dos veces. Las élites regionales, tales como la poderosa plantocracia yucateca, se resistieron a las reformas de los que se proclamaban callistas. Los obreros y los campesinos organizados optaban frecuentemente por aliarse con el Estado, pero solía tratarse de una alianza condicional y táctica y había muchos ejemplos de disidencia popular.

El panorama político era muy diferente del que existía durante el porfiriato, con su control personalista y centralizado, su estrecha política de camarillas y su rotunda negativa a que las masas participasen en la política. En tiempos de Díaz se daban casos de disidencia y protesta populares, pero normalmente eran sofocados con rapidez; no adquirieron una forma institucional y, por supuesto, no se establecieron en el Estado porfiriano mismo. Es más, en el decenio de 1920 las exigencias y la retórica de los movimientos populares —y de los políticos que procuraban sacar provecho de los mismos— ya mostraban un radicalismo nuevo, una confianza inédita en sí mismos. La Revolución había socavado las antiguas certidumbres sociales y la deferencia que las acompañaba. La CROM, la confederación obrera oficial dominante, no era un simple cascarón del Estado callista: obligaba a los patronos a contar con los obreros como nunca antes. Los sindicatos independientes, tales como el de los ferroviarios y el de los petroleros (trabajadores del petróleo), se hallaban situados más a la izquierda, se resistían al abrazo de la CROM y se apoyaban en su propia fuerza industrial. De igual manera, el campesinado, que seguía constituyendo el grueso de la población, mostraba un talante diferente en comparación con la época prerrevolucionaria. Después de todo, los campesinos habían sido las fuerzas de choque de la Revolución. Es cierto que la reforma agraria oficial tardó en llegar y fue gradual: en 1930 sólo el 9 por 100 del valor de la tierra de